

ber, que desde el siglo III la Galia ha sufrido incesantemente las incursiones bárbaras. La arqueología confirma el testimonio de los historiadores de aquella época; en efecto, hasta la segunda mitad del mentado siglo, nadie se preocupó de fortificar las ciudades, salvo en las cuencas del Rhin y del Saona; en cambio, á fines del mismo y á principios del IV, muchas poblaciones se rodean de murallas que las pongan al abrigo de los golpes de mano de los bárbaros y de los bagaudios, y las construyen á toda prisa empleando en ellas mármoles funerarios, sarcófagos esculpidos, restos de monumentos. Desde entonces cambió su aspecto; encerradas en estrechos recintos, perdieron su fisonomía agradable para convertirse en tristes fortalezas (1). Hasta las aldeas y las quintas fueron cercadas con muros de defensa. Numerosas ruinas atestiguan aún en todas partes las devastaciones de los invasores.

### III.—Transformación de las instituciones y de las costumbres germánicas

De modo, pues, que los cuadros etnográficos de la Germania se transformaron, coincidiendo estos cambios con una evolución general en las costumbres y en las instituciones de los germanos, algunos de cuyos rasgos esenciales importa señalar (2).

Desde el siglo I, los pueblos germánicos, á causa de las luchas sostenidas entre sí ó contra Roma, habían sentido al fin la necesidad de una dirección más enérgica. Ya hemos visto que en tiempo de Tácito la realeza se había debilitado en muchos pueblos y aun tal vez en algunos de ellos había desaparecido; pero en los siglos III y IV aparece aquella como regla general no sólo entre los godos, sino que también entre los germanos del Oeste. Los pueblos que componen el grupo alaman tienen á su cabeza reyes, nueve de los cuales tratan con Probo victorioso y siete se alían contra Juliano; sin embargo, no todos son iguales en rango y en poder, pues los hay que mandan á toda una tribu y otros simplemente á un cantón. Ninguno es rey de todos los alamanes, pero dos de ellos, Cnodomaro y Serapio, están por encima de los demás por su mérito personal y acaso también por la importancia de los pueblos que gobiernan. Estos reyes son escogidos sin duda en una familia noble, indicándose algunos que son parientes entre sí y siendo un título de distinción el estar unido á ellos por los lazos de la sangre. Jefes militares ante todo, por la guerra adquieren su fuerza y su autoridad y cada uno se apoya en cierto número de compañeros dispuestos á morir por él: así en 357, después de la batalla de Estrasburgo, cuando el rey Cnodomaro, cercado en un bosque, se entrega á los romanos, doscientos camaradas suyos quieren compartir su cautividad. Una sola circunstancia favorece á Roma, la de que estos reyes son independientes unos de otros y á veces hasta

(1) Véase pág. 140 del presente tomo. Jullian, *Ausone et Bordeaux*, 1893, págs. 115 y siguientes.

(2) Fustel de Coulanges, *L'invasión germanique*, páginas 291 y siguientes, ha sostenido una tesis completamente opuesta á las opiniones que aquí exponemos. En su concepto, consumose una verdadera decadencia en Germania desde el siglo I al V; pero, á pesar de la autoridad de sus trabajos, esta tesis no puede, al parecer, conciliarse con los hechos.

rivales, no siendo completas ni duraderas las ligas que entre sí pactan.

Entre los francos, la realeza existe desde muy antiguo. Cuando en 287 Maximiano atraviesa el Rhin, restablece en su trono á Gennabaudio, que probablemente era un franco; en tiempo de Constantino, ya hemos dicho que dos reyes francos, Ascarico y Merogais, fueron arrojados á las fieras en el anfiteatro de Tréveris; durante el reinado de Juliano se hace mención de otros varios, y en el de Claudio un rey franco, Mallobaudio, sin dejar el gobierno de su pueblo, es funcionario romano, «conde de los domésticos» y dirige con el general Nannieno una expedición contra los alamanes. En el siglo IV, cuando Gregorio de Tours quiso investigar los orígenes de la monarquía franca, incurrió en un error no creyéndola anterior á fines del siglo IV; en cambio, indica perfectamente los caracteres de la misma, diciendo que estos reyes gobiernan tribus y cantones (*juxta pagos et civitates*) que son elegidos en la familia más noble y que se les reconoce por su larga cabellera, que ya en tiempo de Tácito era entre los suevos signo de nobleza.

Imprudente sería tratar de determinar con demasiada precisión la naturaleza del poder y las atribuciones de estos reyes, pudiendo muy bien ser que los escritores latinos dieran á veces este título á simples jefes. En efecto, reyes que gobiernan un *pagus*, una subdivisión del pueblo, corresponden, al parecer, muchas veces á los *principes* y á los *duces* de Tácito; este parece ser también el significado de las palabras *regulus* y *regalis* que á veces encontramos (3). Por otra parte, es probable que los pueblos antiguos que habían entrado en los grupos nuevos más extensos, como el grupo franco ó el grupo alaman, conservaran al principio sus reyes. Ignoramos asimismo hasta qué punto se transmitía la autoridad de padre á hijo y hasta qué punto intervenía la elección popular; pero lo que sí sabemos, por lo menos, es que la realeza llegó de tal manera á ser la institución normal, que se consideraba como inferioridad para un pueblo el carecer de ella. Paulo Diácono, historiador de los lombardos, dice que éstos en el siglo V estaban gobernados por caudillos, *duces*, y quisieron tener reyes «como las otras naciones,» habiendo elegido como tal á Agelmond, de la familia de los Hungingos, la más noble entre las del pueblo. Cuando á principios del siglo VI los hérulos fueron vencidos por los lombardos, «todo su poderío se desplomó de tal suerte que en lo sucesivo ya no tuvieron reyes.» Y lo propio sucedió con los gépidos.

No faltaba más que un paso para que en el interior de cada grupo un rey extendiera su poder sobre todas las tribus y no para una empresa determinada, sino de una manera permanente. Los acontecimientos que agitaron la Germania, las guerras que empujaron á tantos pueblos hacia el territorio romano, favorecieron esta nueva evolución, cuya historia referiremos más adelante.

Precaria era ya la situación de la nobleza en el siglo I; en los siglos IV y V sólo se la menciona á propósito de la elección de reyes, y en las leyes de los francos, de

(3) Los *regales* quizás son también los miembros de las familias que proporcionaban los reyes y los caudillos. Guilhiermoz, *Essai sur l'origine de la noblesse en France*, 1902.

los burgundios y de los visigodos no se habla ya de ella para nada. Y es que, en efecto, en los pueblos en los cuales son soldados todos los hombres libres, las guerras y las expediciones aventureras no son en modo alguno favorables á la autoridad de una nobleza hereditaria, pues la gloria que conquistan simples guerreros redundan en perjuicio del respeto tradicional de donde toman su fuerza las antiguas familias. El desarrollo del poder real en la mayoría de los pueblos aceleró esta decadencia, porque en Germania, como en todas partes, la realeza era hostil á una nobleza independiente de su acción. Por el contrario, en los pueblos que se movieron menos ó en aquellos en los cuales no se estableció ó tuvo menos fuerza la realeza, como los bávaros, los sajones, los frisones y los thuringios, la nobleza sobrevivió.

También las costumbres de los germanos se modifican. Por muy raros que sean los textos relativos á la vida germánica en los siglos III y IV, puede, sin embargo, comprobarse que en este pueblo se desarrolla la afición á la agricultura. A consecuencia de las victorias conseguidas por Probo sobre los alamanes, los territorios de los nueve reyes que tratan con éste han de formar, al otro lado del Rhin, una zona amiga, abierta á la influencia romana, y el emperador escribe al Senado: «Todos estos bárbaros labran la tierra, siembran para nosotros y combaten á los pueblos del interior de la Germania.» Tal vez de esta época data el cultivo de la vid en la región renana. En tiempo de Juliano se representa como pueblos agrícolas á los alamanes en los campos Decumates y á los camavos en la cuenca inferior del Rhin, los cuales, al decir de un contemporáneo, tienen «granjas ricas en rebaños y en trigo y casas construídas con esmero á la moda romana.»

Por otra parte, este progreso de la agricultura y este desarrollo de la propiedad individual han sido una de las principales causas de las invasiones. La Germania, cubierta de espesas selvas y de pantanos, ya no ofrecía á una población siempre creciente los espacios que necesitaba; los germanos, incapaces todavía de practicar el cultivo intensivo, no sembraban dos años seguidos las mismas tierras y cada vez les era más preciso buscar allende el Rhin y el Danubio lo que en su país les faltaba. Tácito lo decía ya en el siglo I: «Los germanos se trasladan á la Galia para trocar por un suelo más fértil sus pantanos y sus bosques.»

### IV.—La civilización romana y la civilización germánica

Por otro lado, las relaciones con Roma contribuyeron á modificar las instituciones y las costumbres de estos pueblos, sobre todo de los que ocupaban la orilla derecha del Rhin.

La acción de la civilización romana se deja sentir muy pronto en la Germania occidental, algunos de cuyos pueblos la aceptaron sin esfuerzo. Ya César observa que los ubios, establecidos en el Rhin, son más civilizados que los demás germanos, por lo que los teucteros les intimaron á que volvieran á las instituciones y al culto germánicos. Los bátavos, después de la rebelión de Civilis, sienten la influencia galo-romana, y habiendo sido desde entonces aliados fieles de sus vencedores, éstos les tratan en las inscripciones «de hermanos y de amigos.» En el año 47, el general romano Corbulón

concede tierras á los frisones y les impone «un senado, magistrados y leyes;» y Marbod, cuando organiza el reino marcomano, se inspira en lo que ha visto de las instituciones romanas. En cambio, introdúcense en Roma las modas bárbaras: Caracalla adopta el traje y el peinado de los germanos y las damas romanas se enamoran de los rubios cabellos de las germanas, y con germanas se casan los veteranos y los ciudadanos de Roma que se establecen en las fronteras. La ley que Valenti-



Honderos germánicos  
(Bajo relieve de la columna de Marco Aurelio)

niano y Valente dictaron prohibiendo los matrimonios entre los provincianos y los bárbaros no se observó, al parecer, con gran rigor y más bien demuestra que eran frecuentes tales uniones.

Esta penetración recíproca fué activa sobre todo alrededor de las ciudades y de los campos de la región renana. Al otro lado del río y hasta debajo de la cuenca del Neckar extendíanse los Campos Decumates habitados en gran parte por colonos galos y de los cuales fueron en un principio excluidos los germanos; en ellos se desarrollaron algunas ciudades dotadas de instituciones municipales, como Rottenburgo (Sumelocenna), Baden (Aque) y Lademburgo (Lepodunum), y abundan las ruinas romanas. A lo largo del mismo Rhin ó en la región vecina, crecieron numerosas ciudades: fueron éstas, además de Colonia, la más próspera de todas, Nimega (Noviomagus), Xanten (Castra Vetera), Neuss (Novesium), Bona (Bonna), Andernach (Antennacum), Worms (civitas Vangionum), Coblenza (Confluentes),